

Entre parada y parada

Seudónimo: El mapa desplegado

“¿Va a hacerlo otra vez?” dudó el conductor de Tussam viendo la expresión decidida de Elisa. Ella estaba sentada en primera fila con sus rodillas juntas, como le habían enseñado que debían sentarse las señoritas, pero los músculos siempre dispuestos a actuar, incluso ya cansados. Empezaría por un adolescente que deslizaba el dedo cada pocos segundos por su móvil consumiendo vídeos. Se acercó y señaló la ventana:

- Mi nieto sale los fines de semana por esta plaza. Es donde queda ahora la chavalería, ¿no?

El muchacho contestó un vacío “Supongo” sin despegar sus ojos de la grabación de alguien cayéndose en algún lugar.

Sin rendirse, ella avanzó unos pasos:

- Mi hija, de tu edad, cuando estudiaba en el instituto venía mucho al cine que estaba en esa esquina.

Un señor levantó la mirada de su terminal y se fijó en la zona que ella le indicaba.

- ¡Es verdad! Anda que no he venido yo veces a ver pelis con mis colegas.

Y volvió a esa calle donde creció con sus primeros amigos de verdad.

A su lado, una joven, curiosa, dejó su tablet apoyada en la mochila. También se atrevió a descubrir qué había al otro lado del cristal. Se sintió reflejada en una abuela paseando con su nieta, y saboreó de nuevo sus piruletas favoritas de esa tienda de chuches aún abierta.

Elisa se dirigió al centro del vehículo.

- En ese restaurante celebré hace mucho mi licenciatura. Fui una de las

primeras egresadas de mi carrera que ejerció en Sevilla. ¿Te has imaginado la fiesta de tu graduación?- le propuso a una universitaria que dejó de responder mensajes de Whatsapp.

- Sí, será en la playa- aceptó el reto-. ¿De qué trabajaste?

- De psicóloga, pero no hables en pasado. Ya no paso consulta pero sigo teniendo una misión.

Y la estudiante percibió en aquella mujer pequeña la fuerza de los protagonistas de sus libros infantiles, haciendo magia en secreto, para salvar su pueblo, o su escuela.

- En esa marquesina esperaba mi autocar todos los días y aprovechaba para decidir el objetivo de mi vida. Lo encontré un miércoles- sorprendió a un hombre que se había dado cuenta de que algo bueno estaba pasando y aguardaba su turno.

- ¿Y cuál es tu objetivo?

- Que la gente no se pierda. ¿A que ya estás camino de algún sitio?

- Camino de mi barrio- bromeó él.

- También- sembró ella.

Y continuó. Luego, descansó en el último asiento. A su alrededor muchos pasajeros llevaban el teléfono en su mano, pero con la pantalla apagada. El movimiento se generaba fuera de ese rectángulo minúsculo porque el autobús se estaba llenando de recuerdos, de sueños, de diálogos, de emociones.

Una señora, justo antes de que se abrieran las puertas para bajarse, silabeó a Elisa un claro “Gracias” en silencio.

“¡Volvió a conseguirlo!” pensó el conductor contagiándose de la nueva energía.

“Ahora, entre parada y parada, se vive”.